

Los valores en la clínica¹

Carlos Tabbia

Resumen

El continuo proceso de convertirse en persona está relacionado con valores y anti-valores que promueven desarrollo y/o adaptación. En este trabajo se revisan los valores en las relaciones familiares y en distintas visiones del mundo que pueden coincidir con momentos evolutivos. Se señalan problemas contratransferenciales que desembocan en la pérdida de la función psicoanalítica.

Tanto el proceso de hominización de la especie como el de personificación están jalonados por los valores. El hombre es el único animal capaz de moverse tras metas que no sean las determinadas por la historia de la especie, almacenada en los genes. De tan inabarcable tema sólo podré hacer mención a algunos apartados de especial significación clínica. Me interesa presentar la visión del mundo y los valores que mueven al sujeto en distintos momentos evolutivos. En la clínica se puede observar cómo un sujeto se mueve en una etapa de su vida tras metas y valores que varían en otro momento. Mi intención es mostrar cómo en distintos momentos progresivos y regresivos la persona actúa motivada por diferentes valores. No es función del psicoanálisis fomentar valores, pero es una consecuencia de la relación analítica la variación de los valores que orientan la vida de los participantes de dicha experiencia.

Aunque en este trabajo me centraré especialmente en los avatares de la evolución y cambios de los valores durante el proceso de desarrollo y crecimiento, no puedo dejar de mencionar en primer lugar el concepto de *persona*, término introducido por Kant y que es base de toda consideración ética y, en segundo lugar, destacar *dos principios* que especifican al concepto de persona. Esos dos principios son: el de universalización («lo que está permitido o prohibido para A en determinadas circunstancias, está permitido o prohibido para B en iguales circunstancias»), y el de igualdad o justicia («toda persona tiene una

dignidad igual que toda otra»); por tanto, *persona* es el titular de los derechos y deberes fijados por *ambos principios*. Estos principios irrenunciables, que no tienen una base trascendente o metafísica, obligan a todas las personas, más allá de su origen, sexo, edad, religión, zona geográfica de nacimiento o de adopción, etc. Pero dichos principios siguen siendo aún metas a conseguir y la lucha contra ellos se observa en todas las épocas y lugares del mundo. Dichos principios se sostienen desde la responsabilidad y la autonomía: valores ambos que exigen un largo camino de desarrollo del individuo y de la comunidad.

Los valores en el pensamiento psicoanalítico

Freud trató de que el psicoanálisis no se convirtiera en una cosmovisión antropológica; su intención era evitar las hipotecas ideológicas; su deseo respondía al intento de construir el psicoanálisis como una ciencia según el modelo de las ciencias naturales. Pero al desarrollar su modelo de la personalidad Freud necesitaba asignar un espacio dentro del aparato psíquico a la dimensión ideológica del hombre. Su punto de partida fue la concepción del hombre como parte del grupo; en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) afirmó:

La oposición entre psicología individual y psicología social o de las masas pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. Es verdad que la psicología individual se ciñe al ser humano singular y estudia los caminos por los cuales busca alcanzar la satisfacción de sus mociones pulsionales. Pero sólo rara vez, bajo determinadas condiciones de excepción, puede prescindir de los vínculos de este individuo con otros. En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo. Y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en el sentido más lato, pero enteramente legítimo (p. 65-66).

Esta imbricación del sujeto y del grupo se ahonda si se incardina al sujeto en la historia de la especie y en la evolución de los seres vivos. La historia de la civilización se organiza en torno a las luchas entre los miembros de un mismo grupo; así, por ejemplo, los miembros han de emigrar para construir su propio espacio, como los jóvenes machos mamíferos que han de alejarse para construir otro grupo. Grupos, luchas, separaciones, intercambios, crecimiento, cultura, etc. constituyen los ingredientes dinámicos de la historia. Freud vertebró al hombre con la comunidad, su substrato, a través de la formulación mítica de la doble interdicción (Cf. *Tótem y tabú* [1912-1913]): la exogamia y el respeto al padre portador de la ley moral y social. Dicha articulación se estructurará intrapsíquicamente a través del superyó. Para Freud el hombre se socializa sobre la base de la renuncia y la prohibición. El superyó exigirá obediencia; y la orden será: «creced y multiplicaos» pero lejos de la casa paterna. He aquí la ética del deber que Freud heredó del imperativo categórico kantiano.

En *El Yo y el Ello* (1923) la función prohibidora y la estimuladora del ideal a seguir coinciden en el superyó, siendo Ideal del yo sinónimo de superyó:

[...] el superyó no es simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello, sino que tiene también la significatividad de una enérgica formación reactiva frente a ellas. Su vínculo con el yo no se agota en la advertencia: «Así (como el padre) debes ser», sino que comprende también la prohibición: «Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas» (A. E., XIX, 1976, p. 36).

La función diferenciada del ideal del yo dentro del superyó es la de ser «un modelo al que el sujeto intenta ajustarse» (Laplanche, J. y Pontalis, J.P. 1968, p. 186). Entonces, es a través del ideal del yo, a través de su función de modelo, que los valores entran en la ética de Freud. «Aquí debemos abandonar el campo del origen mítico y ubicarnos en la constitución misma del sujeto psíquico, es decir, en la elaboración individual del Edipo. No es ahora el grupo, la fraternidad, el que a través de la renuncia y la justicia instauro la sociedad. Contrariamente, es la sociedad la que, como antes el padre primordial, se interioriza en el niño» (E. del Valle, 1992, p. 37). Pero lo que el niño interioriza es el superyó de los padres quienes, a su vez, habían ya interiorizado el de sus padres, y éstos el de sus ancestros... y así se internalizan, finalmente, los valores de la comunidad. El otro como modelo,

señalado en el texto de *Psicología de las masas*, no se acota sólo a los padres y hermanos mayores sino también a los educadores, líderes y personas significativas del entorno del niño.

El proceso de desarrollo del niño no termina nunca, aunque tiene jalones fundantes como el del complejo de Edipo, y en ese sentido se podría caracterizar el proceso de desarrollo como el tránsito desde el yo ideal al del ideal del yo, o tránsito desde la omnipotencia narcisista a la aceptación de la castración, ingreso en la temporalidad y espacialidad de la comunidad y complejización de los modelos promotores del desarrollo.

Pero es Melanie Klein quien, con su modelo de los objetos internos funcionando como *dioses*, introdujo a los valores en el centro del modelo de la mente.

Si se consideraran las formulaciones de Melanie Klein sobre las posiciones esquizoparanoide y depresiva como principios económicos, se vería que son, esencialmente, una descripción de los principios que gobiernan las relaciones entre el *self* y los objetos internos. La posición esquizoparanoide describe el principio económico, el sistema de valores que gobierna las relaciones entre el *self* y los objetos internos en sus formas más primitivas, en las que el *self* está preocupado sobre todo por su propia salvación, bienestar, placer, defensa contra el dolor, etc. La descripción de la posición depresiva realizada por M. Klein representa un gran cambio de valores, en la medida en que el *self* se interesa, en primera instancia, por el bienestar del objeto (Meltzer, D.; Harris, M., 1998, p. 69).

Klein llena de objetos aquel «escenario erigido en el interior del yo» intuido por Freud (1921, p. 123) pero no desarrollado, y lo llena con objetos parciales, totales, idealizados, buenos y malos... y realiza la fundación de la ciudad interna. Dicha fundación la realiza a partir de «un enfoque hedonista, [que] evoluciona hacia las nociones éticas de bondad y maldad, como resultantes del interjuego entre las pulsiones de vida y muerte, procesadas por la fantasía inconsciente en las relaciones con objetos externos o internos» (E. del Valle, 1992, p. 39). En esa ciudad interna los «valores más altos [son] el respeto a la vida y al semejante y como norma fundamental la responsabilidad moral frente a las consecuencias de nuestros actos» (ídem, p. 40).

Si bien la instancia superyó perdió presencia en el pensamiento kleiniano en beneficio de las funciones de los objetos internos, no se puede

olvidar que el superyó es un objeto interno y que posee funciones necesarias para el desarrollo del *self*. Funciones que son fundamentales para la estructuración de la personalidad.

Bion y Bick, cada uno a su manera, apuntaron a la evolución de la estructura de la personalidad desde ser un estado de envase de piel (exoesquelética, bidimensional) hasta uno más tardío, internamente orientado (endoesquelética, tri- y tetra-dimensional), en la cual los objetos internos cumplen funciones mentales (superyó-ideal) que el *self* no puede emprender y sin las cuales no puede crecer (Meltzer, D.; Harris Williams, M, 1988, p. 84).

Meltzer asigna al superyó las funciones de «el «equipo» para tratar con las estructuras infantiles, los medios para preservar su correcta diferenciación y controlar su tendencia a hacer regresiones a una organización narcisista» (Meltzer, D., 1973, p. 131), mientras que al superyó-ideal, como aspecto diferenciado del superyó, le asigna la función de inspirador, para poder trabajar «bajo los principios sostenidos por sus objetos internos» (ídem, p. 130). Trabajar bajo su «égida» pero no imitando sus pasos. La introyección de cualidades en los objetos internos enriquece al superyó-ideal, aunque siempre subyace el peligro de que lo internalizado no sean las funciones o cualidades de dichos objetos sino su concreta realidad, con el potencial riesgo de sufrir una invasión en el *self* y una experiencia de quedar aplastado por el objeto internalizado. La introyección de funciones de los objetos y la identificación con los modelos enriquece al ideal y establece el sistema de valores del sujeto.

La función del ideal del yo nos permite tener determinada ubicación ante los hechos y ante el mundo y tener un universo común o diferente de significados con nuestros semejantes. Esa comunidad o alteridad en nuestro sistema de valores es lo que nos dará puntos de divergencia o de confluencia para el establecimiento de las agrupaciones humanas [...] También adscribe sentido a la realidad percibida (Maldonado, J., 1997, p. 53).

Pero el ideal del yo, además de ser el modelo del sujeto, es «nuestra vía de acceso a las modificaciones posibles» del superyó (ídem, p. 53). Modificar el ideal del yo, a través de la introyección de nuevos aspectos en los objetos internos es el objetivo de la terapia psicoanalítica, en especial de la terapia de los trastornos derivados de la patología del superyó. Uno de los aspectos a modificar es, por

ejemplo, la impronta altamente narcisista del Ideal del yo, cuando está muy contaminado por los anhelos del yo ideal. Un sistema de valores sostenido desde el narcisismo catapulta al sujeto hacia la depresión y le estimula a fantasías y/o actuaciones asesinas tanto contra esos objetos inalcanzables que le condenan al fracaso, como contra sí mismo. El siguiente material clínico ilustrará algunos aspectos: Felipe, que se manifiesta melancolizado por un conflicto entre sus posibilidades y los ideales, soñó lo siguiente:

Estaba sentado en una cama y entraban mis padres en la habitación; ellos me entregaban un decálogo, lo importante era que tuviera esos valores y los siguiera; era de alto contenido moral; ellos me hablaban del decálogo o la moral de Tomás Moro [que escribió sobre la Utopía y prefirió ser decapitado a renunciar a sus creencias, dice Felipe]. La segunda imagen del sueño era que estaba en un edificio grande, del siglo XVIII o XIX, con grandes corredores y espacios; no estaba mal pero no estaba en óptimas condiciones. Me sentía perseguido, tanto yo como otros, por los moros, gente con facilidad para asesinar; yo estaba en una pequeña habitación, oscura, sentado en el último rincón de la habitación, tras unas cajas que me escondían. Entraban mis padres, pasando la puerta de dos hojas y me miraban; su entrada me daba tranquilidad...

Felipe expresa que es como si sintiera su presencia. He de señalar que para acceder a mi despacho se han de atravesar puertas de dos hojas. Asoció con su culpa por no hacerse cargo de las dificultades escolares de su hijo y, sin interrupción, dijo que estaba intentando convencer al director de una gran empresa para realizar operaciones comerciales en los Estados Unidos. Le pedí asociaciones sobre Tomás Moro y respondió que era alguien dedicado a los demás y que eso le costó la vida. Dijo que se sentía pequeño en la segunda escena y muy adolescente en la primera frente a padres grandes y unidos que le imponían el decálogo; agregó que su padre tenía un valor muy arraigado que era su honestidad. Le interpreté el desnivel que experimentaba entre sus dificultades para aprender (representado por su hijo) y la exigencia de convencer a ese director general... y que el ideal (Tomás Moro-los moros-la moral) lo decapitaba a él. El paciente expresó el deseo de repetir él mi interpretación y dijo: «Mi ideal de ser el único (hijo, nieto, etc.), el centro del universo y como no lo soy porque tengo límites se me viene encima y me aplasta. Es verdad; la gente me hace ver que tienen un nivel de formación muy alta que

yo no tengo». A continuación agregó: «Hace rato que se me vienen cosas tontas a la cabeza: que pasé bien el fin de semana, que estoy mejor, menos deprimido; pensé que no era muy agradecido con Ud. y mis padres y que enseguida me sale el desprecio. [...] En el sueño sentí que había sacado a mis padres del armario. En las dos escenas mis padres, que eran muy grandes, me estaban ayudando. Mi padre me está ayudando...» Entonces le expresé que un padre tan honesto también puede ser un modelo que aplasta, como un padre insuperable. Respondió: «Gol de media cancha y a nivel moral sé que no soy ni como Tomás Moro ni como mi padre». Luego se pudieron analizar otros aspectos de su rebelión frente a un padre sentido como tan inalcanzable. Hasta aquí el material clínico. La estructura del sueño en dos escenas permite analizar distintas ansiedades. En la primera parte, mientras él está en la cama-diván recibe de los padres-analista un decálogo, de alto contenido moral, pero que reglamenta o restringe su sexualidad. El padre con principios y que él admira por su honestidad se convierte, tras la entrega del decálogo, en un moro que lo persigue y del que se ha de esconder hasta que lo reemplaza por otros que le dan tranquilidad. Las reglas de alto contenido moral podrían haber cumplido una función estimuladora (propia del ideal del yo) pero en él se convierten en ansiedad de castración. Así, él dispondría de varios tipos de padres en la transferencia: los que lo animan a tener altos ideales, los que lo persiguen al no aprobar sus actividades sexuales, y los padres idealizados (el director comercial) que intentarían contrarrestar a los persecutorios. Luego, cuando Felipe desea repetir mi interpretación, hace un cambio en el foco de la misma. Después de expresarle que los principios de sus padres le hacían sentirse decapitado (castrado), él habla de su inferioridad sexual (otros tienen un nivel de formación más alta). El Felipe-adolescente ha sentido a los valores parentales como peligrosos entonces, haciéndose la víctima («siempre tuve envidia»), evita la persecución y el analista queda convertido en un moro que lo persigue. Pero reduciendo el tema a una persecución evita el *insight*, la responsabilidad y la internalización de la honestidad que atribuye al padre. El énfasis estaría más en la inhibición de su sexualidad por un superyó; pero es un superyó que él ha transformado en su peor enemigo; esa transformación ha transitado desde un Ideal del yo que da reglas y que podría protegerlo y estimularlo, hasta convertirse en un superyó que lo quiere limitar o imponer sanciones; dicha transformación

se relaciona con su descubrimiento de que no será como Tomás Moro o su padre o el analista con todos sus conocimientos. Quedan dudas de que los padres (de la realidad psíquica) hayan sido tan buenos si él tenía que esconderse de ellos; la transición desde Tomás Moro a los moros perseguidores es muy rápida, lo cual haría pensar más en una idealización (persecutoria) del padre que en un verdadero reconocimiento de su valía, o que su valía se transformó en un ideal aplastante. Esto concuerda con el modo como se manifiesta en la transferencia: mientras el analista le habla desde el punto de vista de un padre que lo quiere comprender, él escucha a un padre que lo quiere limitar o le impone sanciones. Con Felipe se puede, también, observar cómo la moralidad, de algo que puede ayudar/guiar se puede convertir en el peor enemigo.

Funciones y valores en la familia

Cuando los padres de Felipe le entregaban el decálogo le estaban sugiriendo —entre otras cosas— que su desarrollo como varón implicaba la prohibición del incesto, la necesaria exogamia y el respetar al padre «sobre todas las cosas» (como prescribe el primer mandamiento). Desde la rivalidad edípica y los deseos incestuosos, Felipe entra en conflicto con esa ley que lo expone a la dolorosa tarea de construir otro grupo humano distinto del original. La *ley* fue necesaria después de que Adán y Eva fueran expulsados del jardín del Edén; la norma se torna necesaria después que se ha vivido la experiencia de la separación. La metáfora bíblica ilustra las etapas del proceso de desarrollo y crecimiento del infante humano el cual, partiendo de una situación de absoluto desvalimiento, avanza hacia la autonomización. Los anhelos confusionales y los deseos incestuosos combaten contra la obligada necesidad de separarse de los primeros objetos. Es función parental colaborar para que sus miembros más dependientes progresen de tal modo que puedan convertirse en sujetos autónomos capaces de generar otros grupos humanos, siguiendo aquel otro mandamiento de «creced y multiplicaos». Si se parte del supuesto de que una de las principales funciones de los padres es la de colaborar en el proceso para que los hijos se tornen autónomos y responsables, se podría enunciar que los *valores de la familia* serán aquellos que facilitan tal proceso. Empleo la palabra facilitar porque el proceso de crecimiento y desarrollo transita siempre sobre el dolor emocional. Para tal fin progresivo, los valores familiares serán, según la propuesta de Meltzer



y Harris:² generar amor, promover y sostener la esperanza, contener el dolor, y estimular el pensar. La función parental se ejercitará cultivando esos valores. Pero a tales valores siempre se les contraponen los *antivalores* emergentes desde las partes destructivas de la personalidad presentes en toda comunidad familiar; los antivalores que luchan contra el crecimiento y desarrollo consisten en promulgar odio, sembrar desesperanza y duda, emanar angustia persecutoria y crear confusión (cfr. Meltzer, D.; Harris, M., 1976, p. 36). Decía Meltzer que la mejor arma para influir en los hijos en desarrollo es el atractivo de los padres como pareja. Esta afirmación exige más espacio del que se dispone ahora, pero no puedo menos que explicitar que tal afirmación significa que el atractivo reside en la función atrayente y estimulante del misterio del vínculo entre dos personas. Un buen ejemplo vale más que muchos consejos, ya que los consejos emplean las palabras y éstas tienen mucha penumbra de asociaciones y no siempre son entendidas.

Sostener los valores familiares exige un compromiso decidido y sostenido por parte de los que asumen las funciones parentales. No pocas veces y por distintas razones, otros valores van infiltrando la vida familiar y que sutilmente suelen degradar o desdibujar la función primordial de la familia. A continuación haré referencia a formas de funcionamiento y organización familiar que obstaculizan su función específica: criar y educar hijos para la libertad. El modelo propuesto por Meltzer y Harris (1976 y 1986) para la comprensión del niño en la familia y en la comunidad parte de la polaridad pulsional que promueve o frena el desarrollo. Creo que la esencia de estos antivalores reside en que aleja o enfría la relación emocional entre las generaciones, degradándola a relaciones jerárquicas y utilitarias en función de bienes más que de valores. Para describir a continuación los sistemas de valores que obstaculizan el desarrollo de los individuos y de los grupos familiares se propondrán nombres con función analógica. Uno de los sistemas alternativos son aquellos grupos o familias que se mueven por *valores políticos*, y que tienen como valor máximo el poder; cuando ese valor rige la relación, todo se decide en términos de luchas o negociaciones; el contrato, los Estatutos y sus cláusulas punitivas define la bondad de las relaciones políticas; las personas muy argumentativas y apabulladoras son las más adecuadas para defender esos valores, y creen que cuando ganan confirman que están en lo cierto. Para ellos la verdad está siempre de su parte; y eso

les da derecho a aplastar física o mentalmente (desacreditando, sembrando dudas, mintiendo) al otro que adquiere siempre el cariz de adversario. Son hábiles para montar estrategias y como temen ser vencidos siempre están cavilando cómo llevar el agua para su molino. Cuando el centro de su personalidad está comprometido en una economía esquizoparanoide son incapaces de establecer relaciones íntimas, aunque lo pretendan. Los niños o las personas confiadas son fáciles víctimas de esos funcionamientos manipuladores.

Esos valores políticos pueden tomar la forma de *valores aristocráticos*; para esta mentalidad aristocrática existiría un grupo social que tiene *derecho natural* sobre otro y considera que se le debe obediencia *naturalmente*; en contacto con personas movidas por esos valores el recién llegado adquiere inmediatamente la condición de súbdito; esa obviedad queda muy bien reflejada en la figura del rey que encontró el Pequeño Príncipe en su viaje por los asteroides: «[...] para los reyes el mundo está muy simplificado. Todos los hombres son súbditos» (A. de Saint-Exupery, 1968, p.37), hasta los mismos hijos. Esta mentalidad está contaminada por la arrogancia.

Una precisión de los anteriores valores son los *valores militares* que

[...] consisten, básicamente, en que el poder tiene la razón y que puede utilizarse cualquier arma para mantener el poder. Si el arma es la belleza, puedes utilizarla de maneras muy brutales. No es fácil deshacerse de estos valores militares. Cada persona utiliza las armas con que ha nacido y que ha ido adquiriendo. El orden del mundo todavía es jerárquico, es un mundo en el que encontramos a los que están arriba y a los que están debajo, sometidos; el problema consiste, ahora, en encontrar la forma de estructura familiar que no sea jerárquica y no contenga estos elementos de tiranía y sumisión (Meltzer, D.; Harris, M., 1998, p. 314).

La búsqueda del poder conlleva la necesidad de someter a otro; y cuando estos valores rigen en la vida familiar, las primeras víctimas son los hijos. En estas familias o grupos rige el silencio y el terror, y se impide el contacto con el resto de la comunidad, con lo que se instala una jerarquía atemorizante en donde el más agresivo o seductor ostenta la función de líder. La familia deja de estar organizada como grupo de trabajo que definiría su tarea como el desarrollo libre de los hijos y se convierte más en una pandilla en guerra contra el resto de la sociedad.

Otros valores alternativos al del grupo de trabajo familiar son los *valores mercantiles*; según éstos, el



precio indica el valor del objeto, por eso las marcas orientan al comprador inexperto, al mismo tiempo que confieren identidad; los colegios y las universidades en donde se envía a los hijos, el deporte que se practica o el club que se frecuenta o los viajes que se realizan confieren honorabilidad, respetabilidad... Movidos por los valores mercantiles se fomentan grupos pseudomaduros y con gran dificultad para comunicaciones sinceras. A los hijos les queda mimetizarse con las modas de los padres o rebelarse, con un final incierto.

Los valores de la familia burguesa no difieren mucho de los de la familia aristocrática; para ambas no importa tanto el desarrollo de los miembros de la familia sino su capacitación para que funcionen como embajadores de los intereses familiares; en la Edad Media los hijos debían alejarse a conquistar nuevas tierras, en cambio hoy han de formarse para ocupar puestos de mando en empresas y en Ministerios y Secretarías de Estado; para conseguir este ascenso en la escala social no importa tanto el desarrollo afectivo de los hijos sino el desarrollo tecnológico y/o científico que garantice la eficiencia y el éxito. La educación ha de adaptar al hijo a la sociedad y habrá de capacitarlo para ascender en el mundo competitivo al que estará destinado; por eso se valoran los colegios con disciplina. A la escuela se le asigna una función homogenizadora de acuerdo a los valores de la clase social, y se la considera una inversión, como lo expresa Rosmary: «[...] yo podría pensar del mismo modo si hubiese ido a su colegio. ¡Qué destino! Y sin embargo, ahora estoy yendo a su colegio... un colegio para jefes. Se me debe estar reblandeciendo el cerebro» (Bion, 1991, p. 452). Si el hijo no se adapta a estos valores tan primitivos reina el desconcierto, la vergüenza y la angustia en el grupo familiar porque se puede tambalear el proyecto familiar de ascenso social. Otro valor de la familia burguesa es el dinero; para ellos «el dinero es el origen del bien. No es que tener el dinero sea la raíz de todos los males, sino a la inversa. Es el supuesto básico capitalista: el dinero es la raíz del bien» (Meltzer, D.; Harris, M., 1998, p. 228). La planificación de la vida familiar queda condicionada a que el hijo alcance el lugar idealizado que satisfaga los ideales narcisistas de la familia. Estos ideales de la clase media quedan reflejados en aquel célebre chiste de la mujer que acababa de parir y le presentó el hijo a su vecina diciéndole: «¡jeste es mi hijo, el doctor!».

La característica de estos valores que agrupo bajo el nombre genérico de anti-crecimiento es que el individuo no es tenido en cuenta más que

como medio al servicio de los intereses de un grupo o una clase social. Es posible que estas personas se ajusten adecuadamente al desarrollo de las exigencias sociales pero tendrán muchas dificultades emocionales, y la experiencia de la intimidad les resultará muy difícil. Bajo la adaptación a las exigencias del grupo se acumulan resentimientos que posteriormente emergerán a través de distintos canales (psicosomáticos, adictivos, explosivos, etc.) expresando sufrimiento.

Adaptación versus desarrollo

El dolor implícito en todo proceso de crecimiento puede hacer que la persona se decante hacia la renuncia, asumiendo una meta adaptativa, o hacia el esfuerzo optando por el desarrollo. Toda opción es siempre transitoria, pero en cada una de ellas hay una posibilidad de avanzar hacia mayores logros en el desarrollo de la personalidad o hacia formas de funcionamiento propias de etapas precedentes de funcionamiento; en ese movimiento progresivo-regresivo inestable varían los valores-meta. En la adaptación no importa tanto el significado ni la emoción, y lo que se prioriza es la obediencia; y cuando prima la obediencia o la desobediencia se regresa del mundo específicamente humano al asimbólico-conductual de las «Siete reglas del éxito»; en ese momento el sujeto habrá dejado de pensar autónomamente y se habrá instalado en un supuesto básico de dependencia en donde el líder le señalará la conducta a seguir en pro de la meta. Pero, con la adaptación se adquiere una gran deuda vitalicia con uno mismo. El funcionamiento automático conlleva un riesgo añadido: la segura derrota ante la máquina, pues ésta no se distrae ni necesita dormir. Refugiarse en el grupo suele proteger del dolor y participando de los supuestos básicos se puede obtener una cierta sensación de poderío, pero el precio que se paga es el del sometimiento a una estructura jerárquica que se basa «en la tiranía y la sumisión, el privilegio y la obediencia» (Meltzer, D.; Harris Williams, M., 1988, p. 149).

La tentación y el rechazo de los refugios acompañan como una opción omnipresente a todo proceso de crecimiento, y por ese motivo en cada recodo del camino existe la alternativa entre actividades protometales (factuales, cuantitativas) y las actividades mentales (simbólicas, cualitativas, y que evolucionan junto con el dominio del lenguaje). Dependiendo de las opciones entre funcionamientos simbólicos

o asimbólicos, del grado de organización del *self*, de las relaciones del *self* con los objetos externos e internos según el principio económico Ps-D,³ y de las vicisitudes evolutivas jalonadas por la evolución de la libido se pueden describir unos momentos evolutivos que construirán visiones del mundo con unos valores propios; tales momentos evolutivos pueden ser adscribibles a ciertas edades o a ciertos estados fluctuantemente transitorios de algunas personas que funcionarían con visiones del mundo más propias de otras edades evolutivas. Esto es lo que deseo presentar, no de modo exhaustivo, sino como sugerencias que permitan identificar grandes momentos del desarrollo.

Una de las tareas clínicas más importantes es la de resolver confusiones, y las visiones del mundo que se mezclan en distintos momentos evolutivos reclaman del psicoanalista un compromiso decidido en pro de su esclarecimiento. Así como se intentó anteriormente diferenciar los valores que promueven el desarrollo y crecimiento en la familia de aquellas configuraciones familiares que no lo facilitan, en el siguiente apartado presentaré lo que considero las visiones del mundo y sus valores en algunos momentos evolutivos fundamentales, coincidan o no con la edad cronológica.

La personalidad es como un grupo en que distintos integrantes pueden convertirse en voceros de configuraciones vinculares oscilantes; la caracterización del estado de la personalidad se suele realizar en función de la mayor o menor estabilidad y presencia del vocero del grupo interno. Desde esta perspectiva, un niño puede tener una visión del mundo propia de un adulto, y un adulto puede tener la de un niño pregenital... ¿Qué otra cosa es una fobia o una histeria sino la presencia de un pasado infantil incrustado en la vida de un adulto?

El mundo pregenital

Para presentar y caracterizar algunos de los inabarcables datos evolutivos de esta etapa fundante acudiré al paradigma económico de la oscilación entre la posición esquizoparanoide y la depresiva según la capacidad de percibir al objeto, el tipo de relación y la motivación:

1. En el principio era el caos y lentamente emergió el verbo... La realidad del objeto podría evolucionar, *a partir de* la incapacidad del infante de aprehenderlo, apareciéndosele como estimulaciones parciales que no se diferencian si

proceden del exterior o del interior y en donde cada sentido busca y obtiene placer de diferentes partes del objeto desligadamente de los otros sentidos; en ese momento el estado del sujeto es propiamente el de la desmentalización y autosensorialidad; en un desarrollo normal el infante evolucionará —a través de la intermediación del otro— *hasta* descubrir al objeto que despierta admiración y temor, amor y odio, etc.

2. La relación con el objeto evoluciona *desde* el anhelo voraz de apropiarse de él *hasta* la contemplación embelesada del objeto y al que se desea proteger, restaurar y amar.

3. El tempo de la relación evoluciona *desde* la intolerancia a la frustración y el exigente anhelo de la satisfacción inmediata y fácil *hasta* la capacidad de espera y de respeto por la autonomía del objeto.

4. El placer está ligado a la estimulación erógena, la satisfacción de necesidades básicas, la acumulación cuantitativa, la eliminación del dolor o al juego cada vez más simbólico.

5. En relación con la necesaria presencia del objeto se puede evolucionar: *desde* un anhelo de invariancia conservadora que repele los cambios *hasta* la internalización del objeto, el cual puede desaparecer en el mundo externo sin producir ansiedades catastróficas.

Al momento pregenital organizado en torno al funcionamiento esquizoparanoide le corresponden *valores* ligados principalmente a la cantidad de excitación producida por las estimulaciones sensoriales: no importaría tanto la presencia de cierto objeto sino un polimorfismo difuso donde lo bueno es la descarga de la excitación a través de cualquier poro u esfínter y producida por cualquier objeto. La voracidad sensual está en la base de actitudes escépticas y relativistas de los sistemas de valores. El «todo vale» del promiscuo halla su fundamento en este nivel de funcionamiento mental. La pornografía excita a partir de grotescas aglomeraciones de objetos parcializados, donde se prohíbe el afecto, la intimidad, la privacidad y la libertad y se premia el triunfo. El objeto total pene-y-testículos es parcializado construyéndose un priápico-dios-pene al que se le brindan todos los honores. El labioroso tránsito hacia el amor genital encuentra muchos obstáculos en una sociedad que parece anclada en una analidad retentiva (cfr. Etchegoyen, 2001, p. 290) y que admira objetos-fetiches.

Los *valores* propios de este momento evolutivo bajo la égida de la posición depresiva son los descriptos por Melanie Klein y se caracterizan por el deseo de proteger y restaurar al objeto, lo que puede



implicar la renuncia a deseos propios. A medida que el infante avanza en el reconocimiento de la complejidad de los objetos y lo asuma podrá tolerar la dependencia de los objetos parentales para que le ayuden a organizar su relación con el mundo.

La organización de las emociones durante la *eclosión edípica* permitirá el tránsito desde lo pregenital a lo genital; ese tránsito consolidará el reconocimiento de la diferenciación sujeto-objeto, la diferencia sexual, la integración de las zonas erógenas y la evolución del superyó que promoverá el crecimiento indicando los modelos de identificación y prohibiendo la satisfacción de deseos no adecuados.

El mundo de los latentes

El mundo de la latencia está en la base de los funcionamientos pseudomaduros de muchos adultos exitosos que acuden en busca de ayuda. Tales adultos, en general, no han tenido problemas escolares y han ascendido en la escala social sin mayores conflictos; su único conflicto es el de no poder enamorarse. Ellos permanecen anclados en la admiración y envidia de las riquezas de los objetos parciales del Edipo pregenital: el vientre materno, los pechos sin los pezones y los testículos sin el pene. El desarrollo emocional de los latentes y de los pseudomaduros está obstaculizado por la tendencia a la acumulación de objetos, conocimientos, etc.

Mientras la admiración por las riquezas de la panza de la madre, se transforma en la fantasía de dinero, joyas, comida o muebles, y [la admiración] por las riquezas de los testículos del padre en términos de ejércitos, armas, herramientas y poder, la admiración por las riquezas del pecho está formulada en la fantasía en términos de felicidad y conocimiento [...] Pero el concepto de conocimiento está formulado concretamente como hechos acumulados y no como relaciones, *insight*, comprensión, puntos de vista, etc. Es a este nivel, que se observa en el niño en latencia un hambre de hechos o información, a veces en un grado que no se diferencia del acaparamiento y avaricia en los niños más obsesivos, pero aún en los niños más sanos la tendencia a coleccionar es clara. Una consecuencia es, por supuesto, la facilidad de los niños en la latencia para aprender de memoria y la de satisfacer su curiosidad simplemente nombrando objetos (Meltzer, D., 1973, Pág. 249).

Funcionando de este modo el latente puede progresar en la escuela sin aprender profundamente

nada. Este modo de funcionamiento evolutivo es complementado por la educación científica actual que cree que el pensar, el razonamiento es una multiplicación de datos y que la simple multiplicación de los datos producirá un nuevo conocimiento o una experiencia emocional; esto se observa en aquellos adultos que sólo pueden hacer listas de aspectos positivos y negativos antes de elegir, sin permitir conmoverse por la intuición; otra manifestación de ese funcionamiento es el realizar ensayos sexuales esperando que surja el enamoramiento. Actualmente se asiste aún a la idealización de la estadística y al ensalzamiento de la contundencia de sus conclusiones; contundencia sostenida en base a que no compromete emocionalmente.

Algunos rasgos del funcionamiento propio de los latentes son la negación de la realidad psíquica, el control y desexualización de la pareja parental, y la concreción del pensamiento; un antídoto de este momento evolutivo es su gran curiosidad, punto de partida de muchos intereses y descubrimientos.

La negación de la realidad psíquica consiste en la incapacidad de reconocer los propios sentimientos y los del sexo opuesto, y en la incapacidad de que el otro pueda pensar de un modo distinto al propio; más aún, hasta se puede negar que dentro de uno haya algo que valga la pena conocer. Suelen contentarse con lo poco que conocen porque creen que lo que conocen es todo lo que hay para conocer; esta constricción de la imaginación se puede observar, por ejemplo, en algunos colegas que creen que su grupo de pertenencia abarca la totalidad de los colegas y no se pueden imaginar que hay otras personas comprometidas en el desarrollo de sus mismas áreas de interés; es un funcionamiento equivalente al de algunos medievales quienes creían que los barcos se caerían tras la línea del horizonte. Otra característica de la negación es que, al estar ellos tan pegados a su sensualidad, no se pueden imaginar que las conductas sexuales puedan tener alguna significación.

Al negar la vida emocional de la pareja parental se construye una visión clasista del mundo, en donde los adultos serían los aristócratas y los niños el campesinado, y los niños-campesinos habrían de aceptar las órdenes de los señores. Esta visión clasista de la vida familiar, ocasionalmente, encuentra un soporte real, por ejemplo, en los alejamientos de los hijos de la vida familiar al ser enviados a colegios como internos; esta experiencia casi de destierro y difícilmente elaborable deja una acumulación de resentimiento, desconfianza e



inseguridad que lastra la vida de no pocos adultos. En esa visión del mundo, la relación con los hermanos está establecida por el orden en el nacimiento, de lo que se derivaría que los mayores tendrían el derecho de someter (incluso sexualmente o extorsionando) a los menores-campesinos. Recuerdo a una persona, prisionera en la latencia, que admiraba a un aristócrata evasor fiscal y estafador de campesinos y pescadores andaluces. ¡Él sentía perplejidad e indignación ante el encarcelamiento de tan gran hombre!

En la elección del compañero sexual lo que cuenta es que el otro sea *adecuado*: otro ejecutivo muy educado expresaba su deseo de que su novia fuera «silenciosa y obediente».

Estas personas son hábiles en la componenda, el negociar, hacer compromisos, ceder. Ellos suponen que sólo se ha de saber esperar y ser buenos con lo que naturalmente se accederá a los puestos más nobles.

Como lo pertinente para estas personas es el contar y el poseer, los latentes no están muy lejos del hombre de negocios que el Pequeño Príncipe encontró en el cuarto planeta. Cuando el Pequeño Príncipe le pregunta: «¿Para qué sirve poseer las estrellas?» El hombre de negocios le responde: «Me sirve para ser rico», entonces le pregunta el Principito: «¿Y para qué sirve ser rico?» A lo que respondió: «Para comprar otras estrellas[...]» (p. 47).

Los valores propios de la latencia son, pues, extremadamente primitivos: ganar o perder, tener éxito o fracasar, ascender. Los valores de los latentes son los que reconocemos como propios de los conservadores. Así lo describe Meltzer:

El conservadurismo es aquel estado mental resultante de la regresión a los mecanismos de la latencia ante la responsabilidad adulta y la tarea depresiva de la elaboración del complejo de Edipo y la aceptación del compromiso de la identificación introyectiva con el objeto combinado. Su anhelo de estabilidad a cualquier precio lo lleva a sacrificar el crecimiento y el desarrollo del mismo modo que sacrifica la pasión sexual por la comodidad. Por ser el producto de la identificación introyectiva y/o proyectiva con objetos separados y desexualizados, envidia la juventud, equipara edad automáticamente con experiencia y en consecuencia con sabiduría. La creencia en el control omnipotente y la técnica del equilibrio lo lleva al regateo y a la componenda, mientras que una capacidad de simbolización disminuida y una imaginación limitada lo hacen materialista, adquisitivo, y sujeto a confundir roles sociales con personas. Su respeto por los títulos de nobleza,

cargos públicos, es consecuentemente automático, sujeto sólo a «reajustes». Al ser incapaz de distinguir lo novedoso de lo original, se apoya en lo tradicional para evitar la confusión de valores. Su negación de la realidad psíquica le lleva a considerar todos los acontecimientos en términos de «causa y efecto» (Meltzer, D., 1973, p. 244).

A estas personas atrapadas en ese funcionamiento simplista de ganar o perder, sólo se los podrá humanizar estimulándoles el interés y la curiosidad por el mundo; sólo así podrán alcanzar la temperatura de los humanos.

El mundo puberal y adolescente

Frente a la restringida vida emocional de los latentes, la esperanza está puesta en la eclosión que produzca la turbulencia puberal. A continuación describiré la visión del mundo de esta edad evolutiva, que en algunos se manifestará ruidosamente, en otros adquirirá características delictivas, o estará dormida bajo una adaptación difícil de romper, etc. La turbulencia adquiere características de turba irritada y exaltada frente al poder de los adultos que se habrían auto arrogado la posesión de la sexualidad y el conocimiento; en este momento ya no interesa el *status* como en la latencia, ahora el bastión a conquistar es la sexualidad. Más que nunca la familia es sentida como una cárcel en donde los padres aristocráticos se reservan los inagotables placeres sexuales; frente a tal injusticia el púber se alía con otros, en un grupo o pandilla, para iniciar el asalto a ese bastión sexual. Bajo el lema de la libertad se puede caer en el libertinaje cuya bandera llevaría escrito: ¡*Adelante!*; sólo se necesitarían erecciones y algo más para establecer el nuevo orden, presidido por el nuevo mandamiento: «hacer sexo» — expresión impersonal que remite a conductas aparentemente mecánicas. El polimorfismo puberal buscaría la descarga sin distinguir entre objetos, porque los hombres y mujeres han quedado reducidos a espacios —u objetos parciales— en donde se pueda descargar la excitación, tornándose irrelevante la diferencia sexual. La única restricción es la queja de los padres que creen haber perdido al hijo. Los pobres adultos, si son sexualmente atractivos, podrán convertirse en objetivos a conquistar; una mentalidad militar de conquista y asedio empuja a los púberes a la seducción de los mayores y a la lucha para despojar a los adultos de los bienes obtenidos injustamente! Los púberes pueden llegar

a convencerse de que sus padres no saben nada de la vida. Fascinados los púberes por el nuevo tamaño de su genital o fascinadas por su capacidad de generar erecciones, chicos y chicas se lanzan a la conquista del poder. Ignoran que son fáciles víctimas de adultos perversos y que, sin darse cuenta, pueden pasar de conquistadores a conquistados. El valor máximo de los púberes es, pues, la libertad de hacer lo que plazca... valor que muchas veces es fomentado por la cultura. Pero tanto funcionamiento exaltado y casi maníaco oculta el terror a la transformación del mundo infantil y a las confusiones que se despliegan en torno a su identidad.

De modo gradual, la guerra de sexos y de edades que realiza el púber y la necesidad del grupo para mantener su identidad van cediendo y comienza a surgir el interés y admiración por el otro sexo; de modo progresivo aparecen las parejas y la comunidad adolescente comienza a transitar con otro clima. La rebelión y el anarquismo van dejando el sitio a los intereses depresivos por el otro: así, el cuidado de la naturaleza —aunque siempre estropeada por los adultos!— y el deseo de salvar al mundo son valores alternativos que les sirve a los adolescentes para mantener la oposición al mundo adulto, pero en un clima distinto a la rebelión puberal. Al igual que los púberes, los adolescentes creen que la belleza de los cuerpos es un patrimonio que los salvaguarda de todo esfuerzo por su crecimiento; dichos valores son muy estimulados por la cultura relativizadora y la moda homogenizadora. Recuerdo el sueño de un señor de cincuenta años que ha luchado para mantenerse joven: «Caminaba en mi barrio, en sentido descendente de los números de la calle, cuando veo que viene Nuria en su coche en sentido ascendente; pienso en detenerla pero no hago nada para ver si ella me ve; pero ella pasa de largo». Asoció que Nuria es bella y joven, que los jóvenes son bellos... Se le pudo mostrar su anhelo de descender en su edad para ser un joven bello, pero la realidad de su deterioro —la juventud pasa de largo— se lo desmiente. El paciente se quejó: «Me han hablado de la belleza interior pero lo que me atrae es la física, quizás porque me quedé en la superficie de las cosas. Tengo rabia porque no puedo volver a ser joven ni tocar un cuerpo joven; veo mi cuerpo con deterioro y no me gusta. Me parece que me falta mucho para descubrir lo que es el amor y la relación entre dos personas». Hasta aquí el material clínico. Creo que es un material suficientemente claro para ilustrar tanto el dolor de un adulto que quiso seguir siendo un adolescente bello hasta entonces, como

para señalar que la belleza de los púberes-adolescentes es un valor que impregna no sólo la adolescencia sino hasta mucho más tarde.

El mundo adulto

En otro momento del camino vital nos encontramos con la responsabilidad y la autonomía como valores característicos del estado mental adulto. El nudo gordiano es el tránsito por la complejidad edípica; quien lo transita «adecuadamente» egresará de ese territorio con una identidad sexual donde estén integrados ambos progenitores. La figura de los padres discriminados y vinculados es la base de la identificación para el desarrollo de un pensamiento creativo. La identificación introyectiva con las funciones parentales será lo que nos permita ser pacientes y tolerantes en la incesante construcción de la identidad; construcción que se realiza en el alternante proceso de integración (Posición Depresiva) y desintegración (Posición Esquizo-paranoide) que puede ser esquematizado en las siguientes áreas, mientras se experimentan distintas emociones y se tolera el impacto de diferentes valores:

1. Cuando la desintegración hace su aparición puede sentir desesperación ante conflictos que no entiende o que le exceden. En cambio, en otros momentos puede tolerar la belleza coexistiendo con la fealdad y el horror en el mundo, desarrollando sentimientos de tolerancia.
2. Cuando predomina la desintegración se siente invadido por la desconfianza, mientras que en otro momento su imaginación lo socorre para recuperar la esperanza.
3. En momentos, se siente sacudido por deseos de explotación de los hijos, los alumnos, los obreros, la naturaleza; y en otros, recupera su generosidad basada en la confianza de sentirse en paz con sus objetos internos.
4. Cuando la presión voraz le coacciona para resolver conflictos puede sentir deseos de robar o apropiarse de conocimientos; en otro momento, siente su capacidad de esperar que los objetos internos le revelen lo que ha de comprender; y puede desconfiar de lo que se presenta como fácil.
5. Cuando se siente confuso puede sentir la tentativa de precipitarse en la obediencia o la acción, pero más tarde recupera la confianza en la inspiración de los objetos internos.
6. Puede sentir añoranzas del bullicio para anestesiarse la ansiedad pero más tarde puede



recuperar el diálogo interno, sintiéndose acompañado en la soledad.

7. Por momentos puede sentir que su identidad se desliza hacia un polo masculino o femenino sin sentirse a la deriva, porque en otro momento puede sentir integrada su bisexualidad que le permite participar en el juego del mutuo descubrimiento en la privacidad.

Esta enumeración no pretende agotar todos los matices de un estado mental adulto pero puede ilustrar lo que es un estado donde la confianza en la realidad psíquica nuclea el funcionamiento mental, otorgando un sentimiento de autonomía. El siguiente texto precisa la caracterización de un estado mental adulto:

Al estar convencido de la primacía de la realidad psíquica y la dependencia del pensamiento de la sabiduría de sus objetos internos, sabe que su armonía interna es más preciosa, si no más cara, que cualquier relación externa. Así su fidelidad es otorgada sólo internamente. Sin embargo, respeta a los objetos externos, a sus iguales por sus opiniones, a los mayores por su experiencia y a la generación más joven por sus potencialidades. No obstante, es impulsado por el fuego interior de sus intereses y talento a seguir su propia línea de investigación y actividad, aceptando a sus camaradas pero sin esperar aliados. [...] Desperdiciar su vida que él considera un don es su mayor temor y se promete entonces no repetir nunca el mismo error [...] (Meltzer, D., 1973, p. 245).

El esbozado sistema de valores, basado en la primacía de la realidad psíquica, está en las antípodas del sistema de valores del infante humano lanzado al mundo externo con la potencialidad de construir un mundo interno. Pero en ese mundo interno, como en todos, se suelen producir oscilaciones progresivas y regresivas dependiendo del particular estado mental en el que esté instalado, en ese momento, el sentido de identidad. El adulto tiene más posibilidades para asumir la responsabilidad de contribuir a la humanización de los infantes, independientemente de la edad cronológica que tenga. Esta tarea subsidiaria es la que asume el terapeuta que está presto a dar tiempo de su vida para que el paciente tenga «una segunda oportunidad».

Excede a este momento hacer una recapitulación de los valores, o enumerarlos en función de las consignas que emanan de los medios de comunicación masivos, generadores de opinión; pero no es difícil observar que la propaganda alienta

los valores correspondientes a estados mentales no adultos. Cuando se pretende gobernar sin oposición, el desarrollo de la autonomía y la responsabilidad es una contraindicación. Cuando se pretende que los valores de mercado organicen la voluntad de los jóvenes para que vacíen las tiendas de moda al ritmo que marcan los vendedores, se habrá, pues, de vaciar las mentes de los jóvenes con pseudo-datos o con consignas. La situación se torna más compleja cuando a las visiones del mundo de las diferentes edades evolutivas se le agrega un contexto tan complejo como el que describe Racionero (2000):

El siglo xx se abrió con teorías sobre decadencia y se cierra con la teoría del caos: no es por casualidad. El caos es la metáfora de este fin de siglo, caos en el sentido de cantidad, complejidad y mezcolanza. La asignatura pendiente del siglo xxi es cómo poner límites a la cantidad, cómo cribar y filtrar la calidad en la complejidad, cómo ordenar la mezcolanza para que ésta sea fértil en vez de asfixiante (p. 111).

Cuando decía que la tarea del clínico era diferenciar y nombrar las confusiones no pretendía señalar una dimensión socio-cultural a su tarea, pero es ineludible que en el encuentro con el otro entren en su consulta los valores del mercado, de la moda y de los distintos momentos evolutivos. Sólo el marco metapsicológico puede orientarnos en momentos tan semejantes al descrito por el tango Cambalache: todo es lo mismo, nada es mejor... tan parecido al postmodernismo, ese movimiento tan de fin de siglo.

La posmodernidad —afirma Racionero— es un eclecticismo que recoge diversidad de elementos formales y estilos de diferentes épocas. Su paradigma visual es la arquitectura posterior a los ochenta con sus injertos de columnas dóricas y frontispicios triangulares. Es una retrospectiva de todos los estilos si estos pueden contribuir expresivamente al propósito del artista; es la complejidad y la contradicción postulada por Robert Venturi y cuyo paradigma es, según él, Las Vegas (p. 116-117).

Complejidad y contradicción, todo está permitido para que el artista se exprese y para que el rebelde reivindique, y en la cabeza, la mente se transforma en Las Vegas. Vuelvo a citar a Maldonado:

Si se investiga detenidamente la problemática de la posmodernidad, es posible observar que la estructura psíquica en esta cultura no carece de ideales, sino que





están presentes pero junto a otros que le son antagónicos. Esto genera un nivel de contradicción que hace necesario la utilización de sistemas defensivos cuya característica sobresaliente es el vacío, y su forma de evasión, la superficialidad. La experiencia que percibe el analista, en tanto observador, es la de un estado que puede ser descrito como muerte psíquica, pero que corresponde en realidad a un profundo letargo a nivel de los ideales, que es a su vez consecuencia del conflicto (p. 54).

Cuando existe tal enfrentamiento de ideales y la respuesta puede ser la perplejidad o la superficialidad o la trivialización o el sincretismo relativista se torna más necesario el análisis desde una metapsicología que ayude a superar dialécticamente tal crisis; y como una contribución a dicha tarea creo que los valores han de ir a la clínica para ser diferenciados.

La responsabilidad del terapeuta

Un estado mental adulto, continuamente reelaborado y reformulado, es la condición para asumir plenamente y sin riesgos para el paciente y el terapeuta, la tarea clínica. Ahora me referiré a dos peligros que pueden entorpecer el desarrollo de un proceso terapéutico y que se relacionan con el tema de los valores: el paternalismo y el poder de la interpretación.

Hemos de partir del supuesto de que los valores no son algo que se dispone y que se otorga al otro, sino que son algo que se construye en la relación con el otro. Como dice Paciuk (1995):

Cada momento del proceso vital humano implica valores, referidos en particular a ese centro de gravedad que es la relación interhumana. Es una ética que puede ser entendida como edificándose concomitantemente al proceso de construcción del sujeto por el camino de la experiencia. Se seguiría entonces que la ética no es algo que deba ser inculcado o que el sujeto deba aprehender ni algo connatural (p. 116).

En la medida en que los valores van emergiendo en la relación se ha de reconocer que la relación terapéutica ha de ser una relación basada en la libertad y plena autonomía de ambas partes, aunque una de las partes se acerque desde un vértice o estado mental adulto mayor que el del otro. Cuando se asume a una persona en terapia psicoanalítica se acepta una relación

[...] en la medida en que sea necesaria para asegurar al individuo en desarrollo su plena capacidad, tal que pueda tomar las propias decisiones por él mismo. En otros términos, el tutelaje está solamente justificado como forma de preservar la subsistencia del otro sujeto moral y de ayudarlo a desprenderse lo más rápidamente posible de la relación de tutelaje. Todo intento de ir más allá, bajo el pretexto de protegerlo de los males que podrían acecharlo, constituye una lesión al principio de autonomía de la persona conocido en la bibliografía ética bajo el nombre de «paternalismo» (Garfinkel, G.; Guariglia, O.; Siquier, M.I., 1992, p. 52).

Creo que el paternalismo es una reificación del supuesto básico de dependencia que puede evitar el desarrollo de la pareja terapéutica; y en tanto reificación es un fracaso de la contratransferencia. Pero tal fracaso es mayor si el analista, presionado por la transferencia, pierde su función de observar y describir la dinámica transferencial, para convertirse en un conductor de la vida del analizado.

La relación terapéutica coloca al paciente en una situación dependiente y vulnerable frente al poder de la palabra formulada por el terapeuta; Maldonado (1997) reconociendo que cada interpretación introduce al tercero, presente ya en el encuadre, se interroga sobre el poder de la palabra sobre todo cuando esa palabra está formulada desde el superyó. Él formula una

[...] reflexión acerca de los poderes inductores de la palabra, de la amplia gama de efectos que puede ejercer la interpretación en el contexto terapéutico, y de las consecuencias, a veces perjudiciales que también puede ocasionar cuando es formulada en términos de imperativos que concuerdan con los mandatos de los objetos que constituyen el superyó [...] Es necesario tener presente que en la situación de transferencia, tanto cuando es terapéutica como de otro orden, también el sujeto se encuentra en una situación de desvalimiento del yo, generada por la misma regresión a la que conduce la relación de dependencia (p. 77).

Advertir del uso imperativo de la interpretación es mencionar otro tipo de dificultad en la comprensión de la contratransferencia cuando no de una actuación en la contratransferencia.

Así como el analizado ha de luchar para esclarecer los valores que orienten su vida, el mismo analista vive a su vez una lucha semejante en su tarea específica: la de su fidelidad a la tarea analítica que dista mucho de ser una reedición de la figura mítica de Moisés entregando las tablas de la ley a



cada paciente. Tal vez sea mayor la lucha que libra el analista pues el analizando, para evitar el dolor del desarrollo y crecimiento, puede intentar reconvertir al analista en un guía espiritual que lo libere del trabajo.

Para no operar desde una posición ni paternalista ni superyoica, la condición necesaria para el terapeuta es la del autoanálisis que le permita sostener una atención flotante, trabajando «sin memoria ni deseo».

Nuestra responsabilidad como adultos y terapeutas nos enfrenta a la tarea de tomar parte en la lucha entre el liderazgo de lo protomental y el liderazgo de los objetos-internos-combinados presidiendo al grupo interno, para que los valores del desarrollo y crecimiento superen los espejismos y mentiras de los antivalores.

Carlos Tabbia
Balmes 363, 1º 2ª
08023 Barcelona
tabbia@copc.es

Notas

1. Versión corregida de la conferencia dictada en la ACPP el 9-11-2000.
2. Ver: «Patrones familiares y educabilidad cultural» en D. Meltzer (1986): *Metapsicología ampliada. Aplicaciones clínicas de las ideas de Bion*, Spatia ed., Bs. As., 1990, p. 175-199.
3. Interrelación dinámica de doble dirección entre Posición esquizoparanoide y P. depresiva.

Bibliografía

- BARANGER, W. (1971): *Posición y objeto en la obra de Melanie Klein*, Buenos Aires: Ed. Kargieman.
- BION, W.R. (1991): *A Memoir of the Future*, Karnac, Londres: Trad. castellana: Julián Yebenes, Madrid, s/fecha.
- BOTBOL ACRECHE, M. (2000): «Belleza y fealdad en la vida cotidiana», *Inercanvis-Intercambios*, Barcelona, Nº 4, 7-17.
- DE SAINT-EXUPÉRY, A. : *Le Petit Prince*. Trad. castellana, decimotercera edición, EMECÉ, 1968.
- DEL VALLE ECHEGARAY, E. (1992): «Ética y Psicoanálisis», *Psicoanálisis AP de BA*, XIV. Nº 1, 31-47.
- DUCACH, P. y TABBIA, C. (en prensa): «Los valores del sadomasoquismo: la fascinación por el poder, la Ley del Talión y la supervivencia», Gradiva.
- ETCHEGOYEN, H. (2001): «Un café con el doctor Horacio Etchegoyen», entrevista de Mónica Vorchheimer, *Rev.*
- Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, Buenos Aires, Nº 27, 289-298.
- FREUD, S. (1921): *Psicología de las masas y análisis del Yo*, A.E. XVIII, Buenos Aires, 1976
- FREUD, S. (1923): *El Yo y el Ello*, A.E. XIX, Buenos Aires, 1976.
- FRONZIZI, R. (1958): *¿Qué son los valores?*, Breviarios F.C.E., México, Decimoquinta reimpresión, 1999.
- GARFINKEL, G.; GUARIGLIA, O.; SIQUIER, M.I. (1992): «Una conceptualización de las relaciones entre ética y psicoanálisis», *Psicoanálisis AP de BA*, XIV. Nº 1, 49-64.
- GUARIGLIA, O. (1992): «Panorama de la ética contemporánea», *Psicoanálisis AP de BA*, XIV - Nº 1, 9-19.
- KLEIN, M. (1942): «Algunas consideraciones psicológicas. Un comentario», *Obras Completas*, Vol. 6, Paidós, 1976, 295-298.
- HAHN, A. (2003): Comunicación personal.
- HINSHELWOOD, R.D. (1989): *A Dictionary of Kleinian Thought*. Trad. castellana: Amorrortu ed. 1992.
- LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J-B. (1968): *Vocabulaire de la Psychoanalyse*; Trad. castellana: Ed. Labor, Barcelona, 1971.
- MALDONADO, J. L. (1997): «Mesa redonda: Acerca del superyó», *Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, Nº 23, Buenos Aires, 51-95.
- MELTZER, D. (1973): *Sexual States of Mind*. Trad. castellana, Buenos Aires, Ediciones Kargieman, 1974.
- MELTZER, D.; HARRIS, M. (1976): «A psychoanalytic model of the child-in-the-family-in-the-community», en *Sincerity and other works*, edited by A. Hahn, Karnac Books, 1994, 387-454. Trad. al castellano: *Familia y comunidad*, Spatia editorial, Buenos Aires, 1990. En catalán fue editado por Espaxs (1989) como *El paper educatiu de la família*.
- MELTZER, D.; MANCIA, M. (1981): «Ego ideal functions and the psychoanalytic process», en *Sincerity and other works*, op. cit. Trad. castellana: Spatia editorial, Buenos Aires, 1997, 415-428.
- MELTZER, D. (1984): *Dream-Life. A Re-examination of the Psychoanalytical Theory and Technique*. Trad. castellana: Tecnipublicaciones, S.A., Madrid, 1987.
- MELTZER, D. (1986): *Metapsicología ampliada. Aplicaciones clínicas de las Ideas de Bion*, Buenos Aires, Spatia ed., 1990.
- MELTZER, D.; HARRIS WILLIAMS, M. (1988): *The Apprehension of Beauty*. Trad. castellana, Buenos Aires, Spatia ed., 1990.
- MELTZER, D.-HARRIS, M. (1998): *Adolescentes*, editado por Lucy Jachevasky y Carlos Tabbia, Buenos Aires, Spatia editorial.
- MELTZER, D. : *Seminarios clínicos en el Grupo Psicoanalítico de Barcelona, 1986-2000*. (Inéditos)
- MONEY-KYRLE, R. E. : «Psicoanálisis y Ética», *Nuevas direcciones en Psicoanálisis*, Obras Completas de Melanie Klein, IV, Paidós, Buenos Aires, 405-422.
- NEMAS, CL. (2000): «Development is beauty, growth is ethics», *Exploring the work of Donald Meltzer. A Festschrift.*, Edited by M. Cohen and A. Hahn, Karnac Books, London, 27-42.
- PACIUK, S. (1995): «De los valores en la cura» en: María Lucrecia Rovalletti (ed.): *Ética y psicoterapia*, Buenos Aires Ed. Biblos, 105-117.
- RACIONERO, L. (2000): *El progreso decadente*, Espasa, Madrid.